



*Los secretos  
de Hadley Green.  
Seducir a lady X*

Julia London

Esencia/Planeta



# 1



Harrison Tolly, el administrador de las propiedades de la familia Carey, era conocido en todo el pueblo de Everdon por su carácter afable y su tendencia a ayudar a los amigos necesitados. Y ése era el motivo por el que su amigo Marcus Dembly, el propietario de Dembly's Goods, estaba convencido de que Harrison lo ayudaría a resolver su problema: tenía demasiados caballos en su establo.

El hombre había llevado uno de los animales hasta Everdon Court para enseñárselo a Harrison y se estaba esforzando mucho para convencerlo de que tenía que darle una oportunidad.

—No tengo ninguna intención de comprarte el caballo, Dembly —le dijo él mientras admiraba al ruano—. Ya lo sabes, ¿no?

—Pues no lo entiendo —contestó Dembly—. ¿Por qué sigues dependiendo de los caballos de Everdon Court cuando podrías tener uno propio? Tienes un establo estupendo en la casa de campo. He pensado que quizá te gustaría tener tu propia montura para poder ir a visitar a tu lady X siempre que quisieras. —Sonrió y le dio una palmadita en el hombro.

Lady X era la forma que tenían los amigos de Harrison de referirse a la mujer que éste adoraba desde hacía años. Aunque, a decir verdad, ellos no sabían que la adoraba desde hacía tanto tiempo, sólo habían sacado sus propias conclusiones porque Harrison se negaba a revelar su identidad.



Él jamás la habría mencionado si no hubiera advertido en alguna ocasión indicios que podrían haber acabado en boda. A veces tenía la sensación de que la mitad de Everdon deseaba verlo casado, mientras que la otra mitad esperaba que no se casara con nadie de su familia, dadas las circunstancias de su nacimiento, que lo habían dejado sin padre.

—Eres bastante persuasivo —le dijo a su amigo con tono agradable—. Pero no pienso comprar un caballo que no necesito y que tampoco puedo alimentar. Cosa que también sospecho es el motivo de que tú mismo estés tan ansioso por venderlo.

—Maldita sea, Harry, tú Pruébalo, ¿quieres? —le espetó Dembly, claramente enfadado—. Ya que he venido hasta aquí, por lo menos podrías darme ese gusto.

—Está bien —dijo él encogiéndose de hombros—. Déjame el caballo un día y así podré cabalgar en condiciones. ¿Cómo se llama el castrado?

—*Relámpago* —contestó Dembly.

—Qué original —murmuró Harrison—. Ya puedes marcharte —añadió luego, despidiendo a su amigo—. No quiero tenerte pegado a mí esperando que ocurra algún milagro.

Colocó el pie en el estribo del animal, dándose cuenta inmediatamente de que Dembly lo había ensillado con una montura de gran calidad, y lo montó. Una vez en la silla, tuvo una estupenda sensación; el caballo era fuerte y robusto. Y grande. Tan grande que Harrison en seguida pensó que necesitaría un campo entero y una cuba llena de zanahorias cada semana para alimentarlo debidamente.

Espoleó al animal para tranquilizar a su amigo y salió por las puertas de Everdon Court en dirección a la casita del señor Fortaine, el arrendatario al que pretendía visitar ese día. Tomó el camino del bosque que conducía a la carretera del río y, cuando

dejó atrás la espesura, se encontró con lady Carey, que estaba en el verde claro que había junto al río.

La dama estaba de pie ante un caballete. Llevaba un sombrero de ala ancha, un vestido de muselina blanca y sostenía una paleta en la mano. Uno de sus lacayos estaba sentado en una roca junto a la orilla del río, con una caña de pescar en la mano.

Harrison trotó hasta ella. Lady Carey volvió la cabeza y cuando vio que era él quien se acercaba sonrió alegre.

Esa sonrisa atravesó a Harrison como un rayo.

—¡Señor Tolly! —exclamó con voz risueña—. ¡Qué agradable sorpresa! Es usted la mejor persona que se me ocurre para pedirle una opinión sincera sobre mi pintura. ¿Le importaría venir a verla?

—No sabía que fuera usted una artista —dijo él mientras desmontaba del caballo.

—¿No? —respondió ella, sonriendo con timidez.

Él se acercó para echarle un vistazo a la obra. Tuvo que ladear la cabeza y entrecerrar un poco los ojos, pero tras una cuidadosa consideración, decidió que la pintura representaba una oveja comiendo margaritas en un campo. Una oveja con cara de hombre. En realidad, el rostro le resultaba vagamente familiar. Se parecía bastante al marqués.

—¿Qué le parece? —preguntó ella con entusiasmo—. ¿Le gusta?

—Bueno... es muy colorido —dijo él.

—¡Colorido! Es usted muy amable.

Harrison la miró de reojo; ella tenía una juguetona sonrisa en los labios, mientras observaba el cuadro con despreocupación.

—No tengo mucha habilidad para interpretar obras de arte —añadió él—. Pero si no me equivoco, ha pintado usted una oveja con un rostro conocido.

La dama sonrió con más alegría.

—¡Exacto! ¿No le impresiona mi habilidad?

—Ah... —Volvió a mirar la pintura—. Sí, estoy impresionado, pero no con su habilidad.

Lady Carey estalló en carcajadas y le brillaron los ojos.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo con humor y posó el pincel sobre la cola de la oveja—. Mi marido cree que una dama de mi posición tiene que pintar. Y por eso pinto. —Dio unos toquecitos sobre la paleta—. Tengo debilidad por la naturaleza —continuó y empezó a retocar las margaritas que salían de la boca de la oveja—. Ya sabe, caballos y pájaros. Ovejas. Incluso burros. —Le guiñó un ojo.

Harrison no pudo evitar reírse.

—Es muy probable que sea usted la mejor retratista de ovejas que he visto en mi vida.

Lady Carey se rió con calidez.

—¿Está su hermana por aquí? —preguntó Harrison, mientras ella añadía algunas margaritas más a su campo.

—Por desgracia, no. Alexa no se encuentra muy bien.

Él pensaba que la señorita Hastings era un poco problemática. Era evidente que el marqués no le tenía mucho aprecio.

—Esa chica es muy ligera de cascos —dijo lord Carey un día sin venir a cuento—. Siempre demuestra una desagradable falta de decoro.

Harrison no tenía ni idea de por qué el marqués tenía esa opinión de su cuñada, porque él nunca había oído decir nada parecido sobre la señorita Hastings. Más bien le parecía que, sencillamente, lord Carey no la soportaba.

—Siento oír eso —le dijo a lady Carey.

La dama esbozó una preciosa sonrisa, pero entonces vio algo a su espalda que le llamó la atención:

—¿Tiene usted un caballo nuevo, señor Tolly? —le preguntó, al tiempo que se inclinaba a un lado para ver bien al animal.

—Es una forma de decirlo —contestó él—. A mi amigo, el señor Dembly, le gustaría que lo comprara. Por lo visto no parece importarle mucho que yo no necesite ningún caballo.

—¿No lo necesita? Pues éste tiene aspecto de ser un gran corredor.

Harrison miró al animal y luego a ella.

—¿Le gustaría montarlo?

Lady Carey se quedó boquiabierta.

—¿Puedo? —preguntó, dejando la paleta.

—Claro que puede. Aunque no está ensillado para que lo monte una dama...

—Oh, no tiene importancia —dijo, haciendo un gesto despreocupado con la muñeca—. Me sirve tal como está.

Se acercó al caballo y Harrison la ayudó a subir ofreciéndole las manos, ya que el estribo estaba demasiado alto para ella. Lady Carey colocó el pie sobre los dedos entrelazados de él y montó cuando la levantó. Se sentó sobre la silla y rodeó la montura con la rodilla. Su otra pierna quedó expuesta de pantorrilla para abajo y, a pesar de que llevaba medias blancas, Harrison pudo ver perfectamente su contorno bien torneado.

—¡Oh, es un caballo estupendo! —dijo ella, inclinándose hacia adelante para acariciarle el cuello—. Y muy fuerte.

Sus pechos se apretaron contra la chaquetilla que llevaba, cuando alargó el brazo para acariciar al animal, y Harrison no pudo evitar imaginar aquellos pechos pegados a su cuerpo.

—¿Cree que podría animarlo un poco? —le preguntó ella.

Harrison accedió a sus deseos golpeando con suavidad la grupa del caballo y éste lentamente empezó a avanzar. Lady Carey lo hizo trotar por el claro, describiendo un gran círculo alrededor de

su caballete y de Harrison, que se quedó allí de pie, con las piernas separadas y los brazos en jarras. A ella se le cayó el sombrero, pero el lacayo se apresuró a recuperarlo.

—¿Recuerda la carrera entre el señor Williams y el señor Janus de hace unos meses? —le gritó a Harrison mientras trotaba a su alrededor.

Como si él pudiera olvidar ninguno de los momentos que había pasado en su compañía. Aquel día en particular, con ayuda de su encantadora sonrisa y sus cautivadoras carcajadas, lo había convencido de que hiciera algunas apuestas en su nombre.

—Mi marido jamás me dejaría apostar —le susurró—. Cree que es poco femenino. ¿Qué piensa usted, señor Tolly?

—Yo creo que está usted loca por querer hacerlo por el señor Janus —contestó en voz baja—. Pesa unos cinco kilos más que el señor Williams y es imposible que lo venza con ese jamelgo.

—Tengo fe en el señor Janus —insistió ella con coquetería y le puso algunas monedas en la mano—. ¿Le gustaría apostar conmigo?

Harrison hubiera hecho cualquier cosa por estar más tiempo con ella.

—¿Qué me propone, señora?

—Si el señor Janus gana por un cuerpo, me tendrá que dar diez libras.

—¿Diez libras? —repitió él, arqueando una ceja con diversión.

—Le ruego que me disculpe, ¿es demasiado para usted? —lo provocó ella.

—Creo que está usted demasiado segura de sí misma.

—¿Eso cree? —respondió con coquetería—. Si el señor Janus gana por menos de un cuerpo, yo le daré diez libras a usted.

—¿Y qué pasa si no gana? —preguntó él, mirando fijamente sus brillantes ojos azules.



Lady Carey se encogió de hombros.

—En ese caso, le daré veinte libras.

Él se rió, pero aceptó la apuesta.

El señor Janus venció cómodamente aquella tarde y lady Carey se fue a su casa con catorce libras en el bolsillo. Pero sólo ganó por una nariz, lo que significó que perdió la apuesta con Harrison. Sin embargo, eso no bastó para apaciguar su espíritu triunfante.

En realidad, nada consiguió hacerlo, hasta que el marqués descubrió que su mujer era la única persona que había apostado por el señor Janus. Carey se mostró indignado por su actitud y la obligó a entregarle sus ganancias.

—Está usted muy callado, señor Tolly —le dijo ahora la dama cuando pasó trotando por su lado—. Estoy segura de que no lo ha olvidado.

—Sabe usted perfectamente que lo recuerdo —dijo él—. En especial lo orgullosa que estaba usted de sí misma.

Ella se rió.

—¡Pues claro! Ese día demostré que era la única capaz de entender a un caballo. —Entonces espoleó al animal y lo hizo galopar.

Harrison observó cómo su clara melena rubia se liberaba de las horquillas y flotaba al viento. Cuando rodeó el final del claro y galopó de vuelta, se le había deshecho casi todo el recogido y los mechones le caían libremente sobre los hombros.

—Le debo diez libras —dijo ella.

—Apenas lo recuerdo.

—No le creo. Me parece que es usted un buen amigo y que está intentando quitarle importancia al hecho de que no cumpliera mi palabra.

«Un buen amigo.» A Harrison se le encogió un poco el estómago al oír esas palabras.

—Fue una apuesta amistosa —dijo Harrison—. ¿La ayudo a bajar?

—Por favor.

Olivia alargó el brazo en su dirección y Harry la cogió de la cintura mientras ella le rodeaba los hombros con los brazos. Mientras la bajaba del caballo, su falda y sus piernas rozaron las de él y luego lo acarició con la melena.

Harrison se moría de ganas de tocarle el pelo y poder sentirlo entre los dedos.

La dejó en el suelo y ella lo miró con ojos llenos de afecto.

Porque era afecto, ¿verdad? No creía que su cabeza le estuviera engañando. Fuera lo que fuese lo que vio en ella, esa imagen le aceleró el pulso.

Las manos de lady Carey resbalaron por su pecho y luego le dio un golpecito en la cara al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—Acabaré mi cuadro para poder demostrarle a mi marido que he hecho lo que se supone que debe hacer una dama.

Se alejó de él y Harrison tuvo la sensación de que una corriente de frío aire primaveral ocupaba su lugar.

—Me ayudará a organizar los asientos para la cena, ¿verdad, señor Tolly? —le dijo la dama por encima del hombro, mientras regresaba a su caballete.

—Eso depende —contestó él y sonrió cuando ella se volvió—. ¿Va a venir el señor Wallaby?

—Peor aún —respondió Olivia, mientras Harrison observaba cómo se volvía a recoger el pelo con elegancia—. También asistirá lady Ames.

—¡Cielo santo! —exclamó él y se puso una mano en el pecho con aire juguetón—. Me pondré la armadura más pesada que encuentre.

La carcajada de lady Carey resonó en el aire.

—Siempre me hace usted reír —le dijo, al tiempo que cogía el sombrero que le entregaba el lacayo—. Buenas tardes, señor Tolly.

—Buenas tardes —contestó Harrison.

Ella se volvió hacia su pintura y se puso seria de nuevo. Tolly subió al caballo, le hizo dar media vuelta y se marchó trotando en dirección a la casita del señor Fortaine. Su cuerpo no era más que una masa de nervios confusos y emociones contradictorias.

Alexa seguía en la cama con un paño frío en la frente y la almohada húmeda a causa de las lágrimas, que parecían no tener fin. No le apetecía levantarse y desde luego no quería asistir a la cena en honor del duque y la duquesa de Rutland.

Y lo cierto era que a Olivia le parecía muy bien. Ya tenía suficientes cosas por las que preocuparse para, además, tener que estar pendiente de si su hermana ofendía a Edward con sólo respirar. Lo que no era algo tan descabellado.

Habían citado a los invitados a las siete en punto y a las seis el marqués aún no había regresado de sólo Dios sabía dónde. Pero Brock había ido a decirle a Olivia que, en cambio, el obispo Ogden, que era conocido por llegar siempre antes de hora, ya estaba esperando.

—Bajaré en un momento —le dijo al mayordomo y se contempló por última vez en el espejo.

Llevaba un vestido de seda azul con bordados en los bajos. Se lo tenía que agradecer al señor Tolly: fue él quien le trajo aquella fabulosa muestra de Londres y luego quien pidió la cantidad de tela suficiente para confeccionar el vestido, junto con otras cosas que necesitaban para la casa.

Olivia oyó llegar a Edward antes de verlo; era imposible confundir sus ebrios pasos avanzando por el vestíbulo. Justo cuando su marido cruzó la puerta de su habitación, Olivia se estaba poniendo una diadema de perlas en la cabeza.

Se quedó allí quieto, con el hombro apoyado en el marco, mirándola fijamente; estaba completamente ebrio. Luego se separó de la puerta y entró en la habitación.

—Mi querida esposa.

—Bienvenido a casa, milord —dijo ella.

Él dejó resbalar la mirada por todo su cuerpo, pero Olivia sabía que ese gesto no iría seguido de ningún cumplido. Edward le rodeó los hombros con el brazo. Apestaba a whisky y a perfume y cuando intentó besarla, ella volvió la cabeza y los labios de él se posaron en su mejilla. Intentó besarla de nuevo, pero Olivia volvió aún más la cabeza y se apartó.

—¿Me estás rechazando? —siseó su marido.

—Te agradecería —dijo ella, liberándose de su abrazo—, que por lo menos tuvieras la delicadeza de quitarte el olor a perfume de otras mujeres del cuerpo.

El rostro de Edward se llenó de manchas rojas.

—¿Acaso crees que eres tan deseable? —le preguntó—. Me das asco.

Se acercó de nuevo a ella, pero Olivia levantó una mano.

—Esta noche tenemos invitados. El obispo ya ha llegado y el duque no tardará en aparecer.

Su marido la fulminó con la mirada y apretó los dientes, pero no trató de alcanzarla de nuevo.

—Si me disculpas, bajaré a hacerle compañía al obispo hasta que puedas unirme a nosotros.

Pasó de largo junto a él sin siquiera mirarlo y esperando que la volviera a llamar.

Pero no lo hizo. Aquella noche iba a ir un duque a la casa y sin duda Edward estaba mucho más preocupado por la imagen que pudiera ofrecerle a éste que a Olivia.

Para cuando el marqués hizo acto de presencia, el duque y la duquesa ya habían llegado. Edward se había bañado y se había puesto un traje de lo más formal. A Olivia le parecía increíble que hubiera conseguido recomponerse de ese modo, pero ya lo había hecho en otras ocasiones. Nadie podría sospechar que sólo tres cuartos de hora antes había entrado tambaleándose en su dormitorio,apestando a whisky y perfume.

El señor Tolly estaba junto a su marido y ella se mostró encantada de verlo. Harrison Tolly era una buena influencia para Edward. A decir verdad, aquel hombre ejercía una buena influencia sobre cualquiera. Olivia suponía que sólo era un poco más joven que el marqués, pero estaba en mucha mejor forma, ya que su marido se había ido dejando durante los últimos años. El señor Tolly era un poco más alto que Edward y mientras éste tenía el pelo de un rubio dorado, el señor Tolly lo tenía castaño, con reflejos color caoba, y los ojos grises.

Los ojos de Edward en cambio eran de un castaño tan oscuro que parecían prácticamente negros. Dos oscuros pozos sin fondo.

Los dos hombres saludaron al duque y a la duquesa y luego se pasearon por la sala para dar la bienvenida al resto de invitados, mientras se acercaban lentamente a Olivia. Ella estaba junto al obispo, que le había cogido cariño hacía ya muchos años y rara vez abandonaba su compañía cuando estaba en su casa. Olivia le estaba enseñando el cuadro que había pintado.

Edward saludó al obispo y luego se mostró desconcertado por la presencia del caballete y la pintura.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Y qué hace en el salón?



—¿Verdad que sí? —dijo ella, esbozando una coqueta sonrisa.

—Señor Tolly, ¿es usted? —gritó lady Ames desde la otra punta del salón—. Tengo que hacerle una pregunta de considerable importancia, señor.

Él miró a Olivia con una imperceptible mueca de desagrado antes de alejarse para hablar con lady Ames.

La cena se sirvió a las ocho en punto. Olivia se sentó a un extremo de la mesa, junto al obispo. Aquella no era la organización de sitios que había planeado con el señor Tolly y estaba convencida de que el obispo era el responsable de los cambios; sin duda, le habría pedido a alguien que le cambiara el sitio. Edward estaba al otro extremo, en compañía del duque y la duquesa. Se le veía relajado y se reía mucho.

El obispo Ogden empezó a hablar en cuanto el vino empezó a fluir. Olivia se esforzó todo lo que pudo por escucharlo con atención, lo intentó con todo su empeño... pero el hombre acostumbraba a divagar largo y tendido antes de acertar a decir algo que diera sentido a su conversación.

En dos ocasiones, mientras trataba de seguir el hilo de la misma, Olivia miró en dirección al señor Tolly y sus miradas se cruzaron. Él le sonreía con diversión: era muy consciente de la agonía por la que estaba pasando. En una de esas ocasiones, ella hizo un sutil movimiento con la cabeza en dirección al obispo, sugiriendo en silencio que quizá el señor Tolly quisiera unirse a su conversación. Pero él rechazó sutilmente la oferta.

Aparte de la tediosa conversación, a Olivia le pareció que la velada progresaba bastante bien. En ningún momento tuvo la sensación de incomodidad que la asaltaba cuando Edward y ella cenaban solos. Su marido parecía estar de buen humor y los invitados estaban disfrutando de la comida y de la compañía. Y entonces el obispo le preguntó a Olivia por Alexa.

—Por desgracia, mi hermana está enferma —respondió, cuando Ogden quiso saber por qué no se había sumado a la cena.

—Vaya, qué lástima. La verdad es que disfruto mucho de su compañía; es una joven muy alegre. Supongo que su salud no corre peligro, ¿verdad?

Olivia sonrió y negó con la cabeza.

—Sólo está cansada del largo viaje que ha hecho de vuelta desde España.

—Ah, claro. ¿Y qué va a hacer ahora la señorita Hastings? —preguntó entonces el obispo, acomodándose de nuevo contra el respaldo de la silla.

—Pues... —Olivia aún no había pensado en lo que debía explicar sobre Alexa—. Supongo que irá a Londres.

Esa respuesta parecía segura; todo el mundo asumiría que su hermana se iría a la ciudad en cuanto comenzara la Temporada, para lograr un buen matrimonio.

Quedó muy claro que el obispo entendió exactamente eso, porque entonces dijo en voz bien alta:

—Claro que irá a Londres. Una joven tan guapa y alegre como la señorita Hastings seguro que encuentra una buena pareja, particularmente teniendo la suerte de contar con el apoyo de la familia Carey.

—¿Estamos hablando de mi cuñada? —preguntó repentinamente Edward desde el otro extremo de la mesa, sorprendiendo a Olivia.

La conversación cesó y todo el mundo la miró a ella, que notó cómo se le calentaban las mejillas.

—Así es, milord —contestó el obispo y se cambió de postura en la silla para poder ver mejor a su anfitrión—. Estaba diciendo lo afortunada que es la señorita Hastings de contar con el apoyo del marqués de Carey para la próxima Temporada.



—¿Yo? —Edward se rió como si jamás hubiera pensado en eso—. ¿No tienes un tío en Londres que pueda cuidar de ella, querida?

Olivia se puso tensa. Edward sabía muy bien que el hermano de su padre estaba en la cárcel a causa de sus elevadas deudas.

—No —contestó, y sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Pues yo creo que sí —insistió él—. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Barstow. —El marqués miró los rostros curiosos de sus invitados—. El señor Barstow es hermano del padre de mi esposa. Cuando éste murió, su padrastro, lord Hastings, la adoptó. Quizá lo hiciera porque su pariente de sangre más cercano no era más que un derrochador. —Se volvió a reír, pero su risa fue recibida con un incómodo silencio.

—Yo era muy pequeña cuando mi padre murió —dijo Olivia—. Para mí lord Hastings es como mi verdadero padre.

—Un parentesco muy beneficioso para ti, debo decir —dijo Edward con alegría—. ¿Y dónde está nuestro tío Barstow, querida? ¿Sigue en la cárcel por culpa de sus deudas?

Lady Ames resopló y el obispo frunció el ceño al tiempo que miraba su copa de vino. El señor Wallaby en cambio pareció bastante sorprendido y se volvió hacia Olivia, interesado por su respuesta.

Hubo un tiempo en que ella se esforzaba por hacer chistes de las puñaladas de Edward, pero ya no tenía paciencia para eso. No tenía ningún sentido que intentara negarlo.

—Sí —respondió—. Según tengo entendido, está en la prisión de King's Bench.

—Por deudas de juego, ¿verdad? —insistió Edward con despreocupación—. ¿No pudo pagar sus deudas o es que no quiso hacerlo?

—Mucho me temo que en este momento debe de seguir jugando con el propósito de salir de allí —dijo Olivia, sonriéndole a su marido.

—En ese caso, permítanme proponer un brindis —intervino el señor Tolly—. Por su tío Barstow, milady. Espero que mejore su suerte.

Ella sonrió con agradecimiento y levantó su copa de vino.

—Que así sea, señor Tolly.

—Que así sea —repitió el duque de Rutland y se rió mientras levantaba la copa.

Una oleada de risas recorrió la mesa y todos los invitados levantaron sus copas uniéndose al brindis del señor Tolly.

Olivia se dio cuenta de que Edward la miraba fijamente mientras a su vez levantaba la copa. Casi le parecía sentir cómo su ardiente mirada le taladraba la piel.

A las dos y media de la madrugada, cuando el duque y la duquesa se marcharon, la mayoría de los demás invitados los siguieron y sólo dejaron en la casa al obispo y al señor Wallaby. Éste estaba decidido a enseñarle a Edward una lanza africana que había descubierto en un mercado de Londres, y los tres hombres desaparecieron en el estudio con sus copas de oporto. Olivia oyó cómo Edward le pedía a uno de los lacayos que les llevase una botella de whisky.

Esa botella y la lanza mantendrían ocupado a su marido. Olivia se retiró a sus aposentos. Estaba muy cansada y se durmió bastante rápido, soñando con pinturas de caballos galopantes.

Se despertó bruscamente al notar un peso encima y cuando abrió los ojos vio que se trataba de Edward, que estaba tumbado encima de ella, con sólo la camisa de dormir. Olía a alcohol y le estaba abriendo las piernas al tiempo que empujaba.

—Edward...

Él le tapó la boca con la mano y le volvió la cabeza al tiempo que intentaba penetrarla, pero el whisky lo había vuelto a dejar completamente flácido. Rugió y se esforzó por recomponerse, pero no lo consiguió.

—¡Haz algo! —le gritó.

—¿Y qué quieres que haga yo? —le preguntó Olivia sin ningunas ganas de tocarlo y con la secreta esperanza de que no la obligara a hacerlo.

Él lo intentó de nuevo, al tiempo que rugía a causa del esfuerzo, pero al final se apartó y se dejó caer al lado de ella, con un brazo apoyado sobre el vientre de su esposa. La bebida lo había vuelto a dejar fuera de juego.

Olivia se quedó tumbada boca arriba en la oscuridad, con el brazo de Edward sobre su cuerpo, mientras pensaba cómo podría utilizar la lanza del señor Wallaby para clavar a su marido en la pared. Necesitaría que alguien la ayudara, porque el arma parecía pesada y, además, estaba segura de que Edward no se quedaría quieto esperando que ella lo atravesara con una lanza. Lo que sí tenía bien claro era que se la clavaría justo por debajo de la cintura.

Lo mejor sería que lo hiciera al día siguiente, porque ya no podía retrasar más la confesión sobre el estado de Alexa. Y a Olivia no la sorprendería en absoluto que fuera él quien acabara clavándole la lanza a ella al saberlo.